

tengamos necesidad de probarla, como en idénticas palabras se expresa vuestra Iglesia Anglicana en su *Homelia* 4.<sup>a</sup>, pág. 11 : doctrina, segun la cual prescribe en su *Libro de Oraciones ordinarias* los mismos dias de ayuno y de abstinencia que la Iglesia Católica, á saber : los cuarenta dias de Cuaresma, las cuatro Témporas, todos los viernes del año, etc. ; sin embargo, ¿ cuál es el protestante que se somete á la mortificación del ayuno, aun por obedecer á su propia Iglesia? Podemos añadir, que Jesucristo manda orar constantemente (*Luc.*, xviii, 1) : mandato, segun el cual exige la Iglesia Católica de todo eclesiástico, desde el último Subdiácono hasta el Papa, el rezo diario de las *siete Horas canónicas*, que consisten principalmente en salmos y lecciones de la Escritura : oraciones que piden casi hora y media de tiempo, independientemente de otros actos de piedad. Ahora bien, ¿ qué otro motivo, sino la indevoción, ha podido mover al Clero protestante, cuyos deberes ú obligaciones pastorales son tan pocas respecto de las nuestras, á dispensarse de estas oraciones inspiradas? El mismo Lutero continuó rezando el *Oficio Divino* algun tiempo despues de su apostasia. En fin, para concluir, pues es tan importante asegurarse de cuál es la *Santa Iglesia*, de que haceis mencion en el Símbolo, y no podeis seguir para esto mejor regla que la *de juzgar del árbol por sus frutos*, tomáos el trabajo de comparar mutuamente las familias bien arregladas, las casas de educacion, y sobre todo, los establecimientos eclesiásticos de los protestantes y de los católicos, en cuanto á la moral y á la piedad, y decidid luego por lo que en ellos observáreis. — En el interin soy, etc.

J. M.

## CARTA XXIII.

*Testimonios divinos de santidad.*

Despues de haber demostrado la santidad característica, propia, peculiar y distintiva de la Iglesia cató-

lica en su *doctrina*, en sus *prácticas*, y en sus *frutos* ó efectos, me ha parecido oportuno probar igualmente que el mismo Dios ha dado testimonio á esta Santidad suya, y á estas mismas doctrinas y prácticas que los protestantes desechan como profanas y supersticiosas, por el gran número de milagros incontestables que ha obrado por medio de ellas, y en su favor, desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros dias.

Los eruditos protestantes defensores de la revelacion, Grocio, Abbadía, Paley, Watson, etc., al defender contra los infieles esta causa comun, convienen todos en que los *milagros son un signo seguro y sello de la verdad*. A su consecuencia observan que Moisés (*Exod.*, iv, 14; *Numer.*, xvi, 19), y Jesucristo (*Joann.*, x, 37, 38; xiv, 12; xv, 24) apelaban constantemente á los prodigios que obraban, para atestiguar su doctrina y mision divina. En efecto, toda la historia del pueblo de Dios, desde el principio del mundo hasta el tiempo de nuestro divino Salvador, no es otra cosa que una serie casi continua de milagros<sup>1</sup>. Jesucristo, lejos de limitar el poder de hacerlos á su propia persona ó á su tiempo, prometió expresamente á sus discípulos el mismo poder de hacerlos, y aun á veces mas grandes (*Marc.*, xvi, 17; *Joann.*, xiv, 12). Atendidas pues estas dos razones, á saber, que el Todoperoso se ha complacido en dar á conocer por frecuentes milagros, así en el tiempo de la Ley natural, como en el de la Ley escrita, la sociedad de servidores que se habia escogido; y que Jesucristo prometió á sus discípulos continuarlos en la Ley nueva, es bien claro que se puede asegurar que en la verdadera Iglesia se obran milagros para distinguirla de las que no lo son, y probar su origen divino. En consecuencia, los Padres y Doctores de la Iglesia, entre otras pruebas á su favor, han apelado constantemente á los milagros que la distinguen, y echado en cara á los herejes y cismáticos de su

<sup>1</sup> Dejando á un lado ahora el *Hurim* y *Thumin*, el *Agua de los reloes*, y la *cosecha* superabundante del *Año sabático*, es incontestable, segun el Evangelio de san Juan, que en la *Piscina Probática*, por medio de un Ángel, se curaban toda especie de enfermedades en tiempo de Jesucristo.



tiempo la falta de ellos. En efecto, san Ireneo, discípulo de san Policarpo, que lo había sido de san Juan Evangelista, vitupera á los herejes contra quienes escribía, que no podían dar la vista á los ciegos, ni oído á los sordos, ni lanzar los demonios de los cuerpos, ni resucitar muertos; milagros, dice, que *frecuentemente se hacen en la verdadera Iglesia*<sup>1</sup>. Tertuliano, contemporáneo suyo, dice también hablando de los herejes: *Yo querría ver los milagros que ellos han hecho*<sup>2</sup>. San Paciano, en el siglo IV, escribiendo contra el cismático Novato, pregunta con ironía: *¿Tiene el don de lenguas, ó de profecía? ¿ha restituido la vida á los muertos*<sup>3</sup>? El gran Padre san Agustín, en diferentes lugares de sus obras, habla de los milagros obrados en la Iglesia Católica, como una prueba de su veracidad<sup>4</sup>. San Nicetas, Obispo de Tréveris, en el siglo VI, aconseja á la Reina Clodosinda, que para convertir á su esposo Alboino del arrianismo de que estaba infectado, le mueva á enviar mensajeros de toda confianza á presenciar los milagros que se obraban en los sepulcros de san Martín, de san German, ó de san Hilario en los cuales frecuentemente los ciegos recobraban la vista, el habla los mudos, etc., y añade: *¿Se hace esto en las iglesias de los arrianos*<sup>5</sup>? Por el mismo tiempo Leovigildo, Rey Arriano de los Godos en España, *viendo convertido*<sup>6</sup> á su hijo san Hermenegildo, echaba en cara á sus Obispos Arrianos, según dice san Gregorio de Tours, que entre ellos no se hacía ningún milagro como se hacían entre los Católi-

<sup>1</sup> *Libr. contra Hæres.*, cap. 31.

<sup>2</sup> *Libr. de Præscript.* — <sup>3</sup> *Epist. 2, ad Symph.*

<sup>4</sup> *Dubitemus nos ejus Ecclesiæ condere gremio, quæ usque ad confessionem generis humani ab apostolica Sede, per successionem Episcoporum (frustra hæreticis circumlatrantibus, et partim plebis ipsius judicio, partim conciliorum gravitate, partim etiam miraculorum majestate damnatis) culmen auctoritatis obtinuit?* » (*De utilit. cred.* c. 4.)

<sup>5</sup> *Concil. de Labbe*, tom. 5, pág. 835.

<sup>6</sup> El autor añadía de Leovigildo, *que había sido convertido ó casi dispuesto á convertirse por su hijo san Hermenegildo*: aquel rey, aunque sintió grandes estímulos de conciencia, no realizó su conversión.

cos<sup>1</sup>. El siglo VII fué ilustrado por los milagros de nuestro Apóstol san Agustín de Cantorbery; milagros obrados para *confirmar la doctrina* que enseñaba, según y como consta por su mismo sepulcro<sup>2</sup>; y esta doctrina, por confesión de los protestantes instruidos, era la católica romana<sup>3</sup>. En el siglo XI se oye exclamar á un célebre doctor hablando de las pruebas de la Religión católica: « Señor, si lo que creemos es un error, vos mismo nos habéis seducido; pero lo vemos confirmado por señales » y prodigios que no se pueden obrar sino por vos<sup>4</sup>. En una palabra, san Bernardo, santo Domingo, san Francisco Javier, etc., todos apelaban á los milagros que Dios obraba por sus manos, para probar la doctrina católica. Es inútil citar las *controversias* de Belarmino, ni las de otros doctores modernos; pero no puedo menos de observar que el mismo Lutero, cuando los Anabaptistas, adoptando sus principios, se arrojaron á excesos que él desaprobaba, exigía que probasen con milagros el derecho que tenían de hacer estas variaciones<sup>5</sup>. Naturalmente desearéis saber cómo Lutero respondía al argumento que envolvía esta petición, que evidentemente tenía igual fuerza contra él que contra los Anabaptistas; pues ved aquí su respuesta: « Yo he convenido con el Señor en que no me enviará visiones, ni señales, ni Ángeles, etc.<sup>6</sup> » En otra ocasión se alaba de sus éxtasis así: « Yo también he sido arrebatado en espíritu; y si es necesario gloriarme de lo que á mí toca, he visto mas espíritus que ellos (los *Swinkferdianos*, que negaban la *presencia real*) verán en todo un año<sup>7</sup>. »

<sup>1</sup> S. Greg. Turon., l. 9, c. 15.

<sup>2</sup> *Hic requiescit D. Augustinus, qui operatione miraculorum suffultus, Edelbertum regem, ac gentem illius, ab idolorum cultu ad fidem Christi convertit.*—Beda, *Hist. Eccles.*, l. 2, c. 3. Véase en particular lo que refiere de un ciego á quien este santo dió la vista en confirmación de su doctrina.

<sup>3</sup> *Centuriæ Magdeburgenses*, sect. 6. Basilea: in *Act. Rom. Pontif.* Humphrey, etc.

<sup>4</sup> Ricard. de san Víctor, *de Trinit.*, l. 1. — 5 Sleidan.

<sup>6</sup> Marlius, in *Doc. commun.* Véase á Balerley's *Apology*, p. 448.

<sup>7</sup> Luther., *ad Senat. civil. Germ.*



Tal ha sido la doctrina de los Padres y Escritores Católicos sobre los milagros en general, considerados como testimonios divinos en favor de esta Iglesia, en la que ha agradado al Señor el obrarlos. Voy ahora á individualizar algunos sucesos milagrosos de una evidencia incontestable, que la han ilustrado durante los 18 siglos de su existencia.

Ningun cristiano duda de los milagros y profecias de los Apóstoles: notorias son á todos la vision y profecia de san Policarpo, el Ángel de la Iglesia de Esmirna, varon apostólico, sobre el modo de su martirio por fuego<sup>1</sup>. Igualmente es auténtico el testimonio de san Ignacio su contemporáneo, Obispo de Antioquia, y tambien discípulo de los Apóstoles, quien atestigua que un poder divino impedia muchas veces á las fieras ofender á los mártires, cuando eran echados á ellas; á consecuencia de lo cual, pedia á Dios fervorosamente no sucediese así con él, cuando fuese expuesto en el anfiteatro<sup>2</sup>. — San Ireneo, obispo de Leon, fué discípulo de san Policarpo, mártir ilustre como él. ¿Podrá ponerse en duda su testimonio, cuando, como hemos indicado ya, asegura que los milagros, aun el de resucitar muertos, se habian visto muchas veces en la Iglesia Católica, pero nunca entre los herejes<sup>3</sup>? ¿No nos merecerá una debida estimacion el testimonio del sabio Orígenes, quien en el siglo siguiente dice: « que los Cristianos de su tiempo comunmente » lanzaban los demonios, curaban las enfermedades, y » predecian lo porvenir? » añadiendo: « Dios me es tes- » tigo que no recomiendo la Religion de Jesucristo sobre » fábulas, sino únicamente sobre hechos claros é indu- » bitables<sup>4</sup>? » Uno de los discípulos de Orígenes fué san Gregorio, obispo de Neocesarea, conocido con el nombre de *Taumaturgo*, ú obrador de milagros, á causa de los muchos y extraordinarios que Dios obró por su medio. Los santos y sabios Padres que poco tiempo despues escribieron su vida<sup>5</sup>, refieren muchísimos de ellos, tales como el suspender la corriente de un rio, y trasladar un

1 *Acta sincera Martyrum*, por Ruynare.

2 *Epist. ad Rom.* — 3 *Contr. Hæres.*, l. 2, c. 31.

4 *Contr. Cels.*, l. 1.

5 S. Gregor. de Nisa. — Eusebio, l. 6. — S. Basilio. — S. Jerónimo.

monte de una parte á otra, etc., etc. San Cipriano, ornamento del siglo III, refiere muchos acacidos en aquella época, algunos de los cuales prueban que la Eucaristía es un *sacrificio*, y que es permitido recibirla *bajo una sola especie*. Á mitad del siglo IV acaeciò aquel famoso prodigio, cuando el emperador Juliano apóstata trató de reedificar el templo de Jerusalem para desmentir la profecia de Daniel sobre este punto (*Dan.*, ix, 27). Tempestades, uracanes, temblores de tierra, globos de fuego, salieron de entre los cimientos, trastornaron, disiparon los materiales amontonados, estropeando ó sepultando á millares de Judíos y demás empleados en esta obra, haciendo imposible su continuacion. Al mismo tiempo apareció en el cielo una cruz luminosa, rodeada de rayos de luz, y muchas otras pequeñas en los vestidos y cuerpo de los que estaban presentes. Prodigio atestiguado tan circunstanciada y expresamente por casi todos los autores de aquel siglo, así gentiles y arrianos, como católicos<sup>1</sup>, que solo un escéptico de profesion podrá ponerlo en duda; y así está tambien admitido por los mas sabios protestantes<sup>2</sup>.

En el siglo siguiente se verificó otro, que puede equipararse al pasado por el número y calidad de los testigos: en Tiparo, ciudad de África, donde como se hubiese reunido un gran número de católicos para cumplir los deberes de su Religion, á pesar de las órdenes del arriano Hunerico, les hizo este cortar á todos la mano derecha, y arrancar de raíz la lengua: sin embargo de lo cual continuaron todos hablando tan perfectamente como antes de aquella bárbara ejecucion<sup>3</sup>. Paso en silencio los

1 Además del testimonio de los PP. san Gregorio Nazianceno, san Crisóstomo, san Ambrosio, etc., y de los historiadores Sócrates, Soxomeno y Teodoreto, etc., estos sucesos están atestiguados por Philostorgio arriano, y por Ammiano Marcelino, gentil.

2 El obispo Warburton ha publicado de propósito, para probar estos milagros, una obra intitulada *Juliano*. Están tambien reconocidos por el Obispo Halifax, *Discours*, p. 23.

3 Este milagro está atestiguado por Victor Vitense (*Hist. Persec. Vandal.* l. 3); por el Emperador Justiniano, que asegura haber visto algunos de ellos (*Cod. Justin.*, tit. 27); por el historiador griego Procopio, quien dice haber hablado con ellos (lib. 1 de *Bell.*



innumerables que refieren san Basilio, san Atanasio, san Gerónimo, san Crisóstomo, san Ambrosio, san Agustín, y los Padres é ilustres escritores eclesiásticos que fueron el ornamento de los siglos IV, V y VI del Cristianismo; y solo indicaré ya uno solo, que los dos últimos refieren como testigos oculares; á saber: el de un ciego, á quien le fué restituida la vista al contacto de un lienzo que había tocado las reliquias de san Gervasio y san Protasio<sup>1</sup>. San Agustín, uno de los hombres mas instruidos que ha tenido el mundo, en la obra que acabamos de citar<sup>2</sup> refiere un sin número de milagros obrados en África por las reliquias de san Esteban durante su episcopado; de ellos setenta obrados en su misma diócesis de Hippona, de algunos de los cuales fué él mismo testigo, y esto en el curso de dos años; entre otros la resurrección de tres muertos.

Después de haber hablado del grande san Agustín de Hippona, Padre del siglo V, no puedo menos de traer á la memoria á san Agustín de Cantorbéry, cuyos milagros no solo están escritos en su sepulcro y en la historia del venerable Beda, y de otros escritores, sino que de ellos, ¡cosa muy digna de observarse! en la época misma en que se obraron se envió una puntual relacion por san Gregorio Magno á Eulogio, Patriarca de Alejandría, en una carta que aun existe, y en la cual este Papa los compara á los obrados por los Apóstoles<sup>3</sup>. El mismo santo Papa escribió tambien á dicho san Agustín otra carta (que se halla todavía entre sus obras, y en la historia de Beda), en la cual le advierte viva con mucha cautela, para no dejarse llevar del espíritu de vanagloria á causa de estos milagros; y le recuerda que Dios le ha concedido gratuitamente este poder, no por sí, sino para la

*Vandal.*, c. 8); por Eneas de Gaza, filósofo platónico, quien, después de haber examinado sus fauces, etc., protestó que no tanto estaba sorprendido de que pudiesen hablar, como de que pudiesen vivir. Abadie, Dodwell, Mosheim, y otros eruditos protestantes no se atreven á ponerlo en duda. \* Véase sobre éste y el anterior el Catecismo de Féller, núm. 331.

<sup>1</sup> S. Aug., *de Civit. Dei*, l. 22, pág. 8. — *Ibid.*, l. 22.

<sup>3</sup> *Epist. S. Greg.*, l. 7.

conversion de la nacion Inglesa<sup>4</sup>. Pues si nuestro Apóstol realmente no hubiera hecho milagros, ¿qué ridiculez no hubiera recaído sobre los primeros personajes del mundo cristiano que los habian creído?

Entre los innumerables, acreditados y bien atestigüados milagros que nos presenta la historia de la edad media, me limito á los del ilustre san Bernardo Abad, en el siglo XII, ese hombre, cuya santidad no han podido menos de reconocer y dar testimonio de ella los escritores protestantes mas distinguidos<sup>2</sup>. Este santo, en la vida de su grande amigo san Malaquías de Armach, cita entre otros la curacion de la mano, secá de un jóven, al contacto y aplicacion de la mano muerta de su amigo<sup>3</sup>. Pero este milagro, y todos los demás que el santo refiere de otros, son nada respecto de los que obró Dios por él mismo, á los cuales ningunos otros pueden anteponerse, ni en el esplendor, ni en la publicidad. Toda la Francia, la Alemania, la Suiza, la Italia, dieron testimonio de ellos, y muchas veces los Príncipes, los Prelados, y el Emperador mismo los presenciaron. En un viaje que este santo hizo á Alemania, fué seguido de Felipe, arcediano de Lieja, enviado por Sanson, Arzobispo de Reims, para observar sus acciones<sup>4</sup>: y este escritor nos refiere una inmensidad de ellos, en curaciones repentinas obradas por el santo, de cojos, de paralíticos y otros enfermos, las cuales individualiza con todas sus circunstancias. Hablando de los que hizo en Colonia, dice: «Estas cosas no se hicieron en un ángulo ó rincón escondido; tienen por testigos á toda la ciudad. Si alguno tiene la menor duda, ó deseo de informarse de ellos, puede satisfacer fácilmente su curiosidad en los mismos lugares donde se obraron, y tanto mas, cuanto

<sup>1</sup> *Cartas de San Gregor.* — *Hist. del V. Beda*, l. 1, c. 31.

<sup>2</sup> Lutero, Calvino, Bucero, OEcólampadio, Jewel, l. 7. Witaker, Mosheim, etc.

<sup>3</sup> *Vita Malach.*, *inter opera S. Bernardi*.

<sup>4</sup> La vida de San Bernardo ha sido escrita por tres contemporáneos suyos: Guillelmo, Abad de Thierry, Arnolde, Abad de Bonnevau, Gofredo, secretario del santo, y por otros antiguos escritores. Sus elocuentes Epistolas, y las demás obras suyas, ofrecen muchos pormenores de ella.



» que muchos de ellos se verificaron en personas, cuya  
 » clase y reputacion los ponen á cubierto de toda sospe-  
 » cha <sup>1</sup>. » Ahora bien, muchos de ellos fueron hechos  
 expresamente para confirmar la doctrina Católica que  
 defendía. Así en Sarlat predicando contra los impíos é  
 impúdicos Henricianos, especie de Albigenses, toma pan,  
 le bendice, y vuelto á todos : « En esto reconocereis,  
 » dice, que la doctrina que os predico es verdadera, y  
 » la de los herejes falsa : *Todos los enfermos que comieren*  
 » *de este pan, quedarán sanos,* » prediccion que fué con-  
 firmada por el suceso <sup>2</sup> : el santo lo predijo, y Dios lo  
 cumplió. El mismo san Bernardo, en la mas célebre de  
 sus obras <sup>3</sup> dirigida al Papa Eugenio III, apela humildemente  
 á los milagros que Dios se habia dignado hacer  
 por su médio, para justificarse de haber predicado la  
 segundo cruzada <sup>4</sup> ; y en su carta al Obispo de Tolosa,  
 dice : « Habia dado á conocer los herejes que habia  
 » entre ellos, no solo por palabras, sino tambien por  
 » milagros <sup>5</sup>. »

Los de san Francisco Javier, Apóstol de las Indias, y  
 contemporáneo de Lutero, pueden compararse con los  
 de san Bernardo en el número, brillantez y publicidad.  
 Anunciar lo futuro, hablar lenguas desconocidas, calmar  
 las tempestades en el mar, curar diferentes enfermedades,  
 resucitar muertos, tales fueron varias de sus  
 obras : las cuales, aunque realizadas en países remotos,  
 fueron todas examinadas en los mismos lugares, y verifi-  
 cadas poco despues de la muerte del santo, en virtud  
 de un decreto de Juan III, rey de Portugal ; y general-  
 mente reconocidas no solo por Europeos de diferentes  
 religiones en las Indias <sup>6</sup>, sino tambien por los naturales  
 del país, así gentiles como mahometanos <sup>7</sup>. Al mismo  
 tiempo que san Francisco Javier, vivia el contemplativo  
 san Felipe Neri, de quien, en la comprobacion de sus  
 obras milagrosas para su canonizacion, fueron exami-

<sup>1</sup> Edicion de Mabillon. — <sup>2</sup> Gofred., *in Vit. Bern.*

<sup>3</sup> *De Consideratione.* — <sup>4</sup> *Ib.*, lib. 2. — <sup>5</sup> *Ad Tolos.*, ep. 241.

<sup>6</sup> Véanse los testimonios de Hackluyt, Baldao y Tavernier, todos  
 protestantes, en la vida de san Francisco Javier, por Bouhours,  
 traducida al inglés por el poeta Dryden.

<sup>7</sup> *Ibid.*

nados juridicamente trescientos testigos, y algunos de  
 ellos del mas elevado carácter <sup>1</sup>. El siglo siguiente fué  
 ilustrado por los milagros auténticos de san Francisco de  
 Sales <sup>2</sup>, que se extendieron tambien hasta resucitar  
 muertos, igualmente que por los de san Francisco Re-  
 gis, del cual escribieron en éstos términos al Papa Cle-  
 mente XI veinte y dos obispos del Languedoc : « Nos-  
 » otros somos testigos de que en el sepulcro de Juan  
 » Francisco Regis los ciegos ven, los cojos andan, los  
 » sordos oyen, y los mudos hablan <sup>3</sup>. »

Bien veis que no cito sino muy pocos santos, y de cada  
 uno muy pocos milagros, siendo mi objeto únicamente  
 probar el hecho de que Dios ha ilustrado la Iglesia Cató-  
 lica por milagros incontestables, especialmente por mé-  
 dio de sus Santos en todos los siglos. ¿Qué podeis opo-  
 ner contra los testimonios producidos ? ¿Direis que todos  
 los santos Padres, desde el tiempo de los Apóstoles, y  
 todos los escritores eclesiásticos, hasta el de la *reforma*,  
 y desde entonces acá todos los Católicos, Prelados y  
 Jueces eclesiásticos, se han convenido para engañar al  
 género humano ? O en otros términos, ¿ que todos son  
 unos embusteros é impostores ? Tal es en efecto el ab-  
 surdo y horrible sistema, que para desembarazarse de la  
*atestacion divina* en favor de la Iglesia Católica, ha sos-  
 tenido el famoso doctor Conyers Middleton, igualmente  
 que la mayor parte de los escritores protestantes que  
 han tratado de esta materia desde la publicacion de su  
*informacion libre*. Sistema que, además de ser una *calum-  
 nia contra la naturaleza humana*, no solamente conduce  
 al Escepticismo sobre todas las materias, sino que mina  
 y destruye la autoridad del Evangelio mismo, porque si  
 no se debe dar fe ni á los antiguos Padres, ni á los otros  
 escritores sobre los milagros acaecidos en su tiempo, y  
 de los que ellos mismos fueron testigos, ¿ sobre qué fun-  
 damento se les ha de creer, cuando hablan de los mila-  
 gros que oyeron referir de Jesucristo y de sus Apóstoles,

<sup>1</sup> Véanse las *Vidas de los santos* por Butler, 26 de mayo.

<sup>2</sup> *Vida de san Francisco de Sales* por Marsollier.

<sup>3</sup> *Vida de S. J. F. Regis* por Daubenton, y su compendio por  
 Butler, 16 de junio.



primeras columnas del Evangelio y del Cristianismo? ¿Quién sabe, se dirá, si forjaron ellos allá todo el contenido del primero y toda la historia del segundo? Es imposible que se ocultasen estas absurdas consecuencias á la penetracion del doctor Midleton; pero sus temores en este punto fueron superados por una consecuencia para él mas temible, á saber: que si se admitía la veracidad de los santos Padres, se seguiría infaliblemente que la Iglesia Católica tenía á su favor una *atestacion ó testimonio divino de su santidad*; y entonces, á Dios protestantismo y sectas reformadas. Pero escuchemos su bello discurso. — Principia estableciendo un hecho importante que yo mismo he procurado igualmente probar en estas palabras: « Es necesario confesar que la pretension de milagros estuvo universalmente afirmada y reconocida en todos los países cristianos, y en todos los siglos de la Iglesia hasta la época de la *Reforma*; pues la historia no hace distincion entre un siglo y otro, antes prosigue la sucesion de sus milagros, como la de los otros ordinarios sucesos, en el curso de todos los siglos indiferentemente, hasta esta ocasion memorable <sup>1</sup> » Por lo que toca á los historiadores eclesiásticos, no hay un punto de la historia tan constante, tan clara y tan unánimemente afirmado por todos ellos, como la sucesion continua de este poder de milagros en todos los siglos, desde el más antiguo de los Padres que habló de ellos, hasta la *reforma*: sucesion, que se ha tratado y continuado hasta nuestros días en la Iglesia Romana, y por personas de un carácter igualmente distinguido por su virtud, que por su ciencia y dignidad; en términos, que la única duda que puede quedar, es saber si se debe dar crédito ó no á los escritos eclesiásticos; porque si se les puede dar algun crédito en el caso presente, es preciso extenderlo á todos los otros: pues la misma razon que hay para creerlos en un siglo, tiene la misma fuerza en todos los demás en lo que respeta al carácter de las personas que testifican, ó la cosa atestiguada <sup>2</sup>. » Esto su-

<sup>1</sup> *Libre Recherche*. Introduction, pág. 14.

<sup>2</sup> *Libre Recherche*. Préface, p. 15.

puesto, oigamos ahora la relacion del doctor Midleton, y los motivos en que la funda. « La opinion general, dice, » de los protestantes, como de Tillotson, Marchall, Dodwel, etc., es que los milagros continuaron obrándose en los tres primeros siglos. El doctor Waterland los extiende hasta el siglo IV, y el doctor Beriman hasta el V. Pero estos escritores, sin advertirlo, han puesto la causa de los protestantes en las manos de sus enemigos; porque puntualmente en estos primeros siglos, sobre todo en el III, IV y V, tiempos tan fecundos en milagros, fué cuando se introdujeron las corruptelas de los papistas, el estado y vida monástica, la veneracion de las reliquias, la invocacion de los Santos, las oraciones por los difuntos, el uso supersticioso de las Imágenes y de los Sacramentos <sup>1</sup>. En ellos se vé que, despues de la conversion del Imperio Romano, la mayor parte de sus más famosos milagros se hizo por monjes, por las reliquias; por la señal de la Cruz, etc. Por tanto, si se admiten los milagros, es necesario irremediablemente admitir los ritos por cuyo medio se obraron; pues unos y otros se apoyan sobre un mismo fundamento <sup>2</sup>. Cada uno puede por sí mismo ver la semejanza que tienen los principios y prácticas del siglo IV, segun que los más distinguidos Padres de aquel siglo las representan con los ritos actuales de la Iglesia Romana <sup>3</sup>. Cuando se reflexiona la tranquila y pasmosa seguridad con que los Padres del siglo IV afianzan como cierto lo que ellos mismos habian inventado, ó sabían haberlo sido por otros, naturalmente se ofrece que semejante desprecio de la verdad no podia haberse adquirido, ó héchose general de repente; sino que gradualmente fué llevado hasta este extremo por el ejemplo de los siglos anteriores <sup>4</sup>. » — Hé ahí los fundamentos sobre que estos imprudentes declamadores tienen la osadía de acusar de impostura y de convenio, para engañar al género humano, á los hombres más santos y sabios que ha conocido el mundo en el espacio de 1800 años. No se molestan en dar razones, ni una palabra, para probar que

<sup>1</sup> *Libre Recherche*. Introduction, p. 51. — <sup>2</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>3</sup> *Libre Recherche*. Introduction, p. 84. — <sup>4</sup> *Ibid.*, p. 65.



tal convenio es probable ó posible; les basta la convicción de que esta calumnia contra la naturaleza humana es necesaria al *sosten del protestantismo*; porque en efecto si concedemos, dice, en esta parte con una exactitud irrecusable: « Si concedemos á los papistas un solo siglo » despues de los Apóstoles, en que haya habido milagros, » nos veremos envueltos en un sin fin de dificultades, de » que no podríamos desembarazarnos enteramente, sin » conceder el mismo don al siglo en que vivimos <sup>1</sup>. »

Al leer esto, me parece oír á algunos de los miembros de vuestra sociedad, decir: pues qué; pretendéis que la Iglesia Católica posee aun hoy dia el don de hacer milagros? — Amigo mio, la Iglesia nunca ha tenido, en el sentido en que lo entienden la mayor parte de los protestantes, el poder de hacer milagros, es decir, á su arbitrio, y cómo y cuando guste, de modo que pueda obrar las curaciones ú otros acontecimientos prodigiosos enteramente á su antojo; pues ni aun los mismos Apóstoles tenían este poder, como se ve por la historia del Lumnático del Evangelio (*Matth.*, xix, 96). Pero digo, que siendo la Iglesia Católica siempre esposa amada de Jesucristo (*Apoc.*, xxi, 9), y continuando en todos los tiempos en tener hijos de heróica santidad, Dios no cesa en este siglo, así como en los siglos pasados, de ilustrarla con milagros incontestables. Esta es la causa porque en los procesos que se hacen constantemente ante la Silla Apostólica para la canónizacion de algunos nuevos santos <sup>2</sup>, es necesario siempre probar, hasta el último grado de evidencia, milagros nuevos y recientemente obrados; como puedo asegurarlo, por haber leído en los mismos lugares las relaciones oficiales impresas <sup>3</sup>. Para

<sup>1</sup> *Libre Recherche*. Introduction, p. 96.

<sup>2</sup> De las últimas canónizaciones son las de san Francisco Caracciolo, fundador de los Clérigos menores; de santa Angela Mérici, fundadora de las Religiosas Ursolinas; de Sor Maria de la Encarnacion, ó Madre Accaria, etc. De las beatificaciones una es la de Alfonso Ligorio, obispo de Santa Agueda de los Godos; \* del B. Alfonso Rodriguez de la Compañía de Jesus; del P. Francisco Posadas, B. Jordan, Dominicos, y Angelo de Acre, Capuchino.

<sup>3</sup> Uno de los milagros probados en los procesos del B. Ligorio es

mayor satisfacción de vuestros amigos, añadiré, que he tenido en mis manos pruebas las mas convincentes de que el fin trágico de Luis XVI, y de la Reina su esposa, habia sido predicho por una religiosa de Fougères, soror de la Natividad, veinte años antes que sucediese este crimen; y que el destierro del Clero de Francia habia sido anunciado mucho tiempo antes de que se verificase por el venerable peregrino francés Benito Labré, cuyos milagros obraron la conversion del difunto M. Thayer, eclesiástico Americano, que estando en Roma, fué testigo de muchos de ellos. — En cuanto á las curas milagrosas obradas poco há, tengo pruebas auténticas de muchas de ellas, y conozco personalmente á cuatro ó cinco de los sugetos que han experimentado este beneficio. Los hechos siguientes están respectivamente atestiguados, aunque con mucha mas individualidad de lo que aquí se expresan, por el reverendo Tomás Sadler de Traffort, cerca de Manchester, y el reverendo J. Clathorne de Garfwood, cerca de Wighan. José Lamb de Ecclés, en las cercanías de Manchester, de edad hoy de 28 años, cayó el 12 de agosto de 1814 de lo alto de un monton de heno de cerca de quince piés de altura, accidente por el cual apareció haberse quebrado el espinazo; á lo menos es cierto que no podia andar, ni tenerse en pié sin las muletas, hasta el 2 de octubre, y estaba en un grito continuo por los agudos dolores que sufría. Este dia, habiendo podido persuadir á fuerza de ruegos y con mucho trabajo á su padre, entonces protestante, que le llevasen en una carreta con su mujer y dos amigos suyos, Tomás Butler y Elisa Doolay, á Garfwood, cerca de Wighan, donde se conserva la mano de F. Arrowsmith, uno de los Sacerdotes Católicos que padecieron martirio por el ejercicio de su Religion en el reinado de Carlos I, y mano por la cual se habian hecho ya otras curaciones milagrosas, en llegando, hizose conducir á la balaustrada ó reja del altar de la capilla, y que con la santa mano le hiciesen sobre la espalda la señal de la cruz: practicarlo así, y en el mismo momento,

la curacion y *restauracion* de un pecho cortado de una mujer, que estaba á punto de morir de resultas de un cáncer.



*experimentando*, son sus mismas palabras, una sensacion extraordinaria, y una mutacion total en sí, sin poderse contener, gritó á su mujer: « María, ya puedo andar. » Y en efecto, al punto tirando las muletas, sin necesidad de ayuda de nadie, empezó á andar, primero por la capilla, luego hácia la habitacion inmediata, y últimamente hácia la carreta que le habia llevado, y en que volvió sano á su casa. Los dolores cesaron desde aquel momento, y la parte herida ha permanecido y se conserva sana y buena desde aquel entonces<sup>1</sup>. Todas las personas aquí citadas viven aun, y todas están prontas á testificar con juramento el suceso y todas las circunstancias de que fueron respectivamente testigos. Tengo á la vista testimonios de curaciones súbitas, de varios cánceres incurables, y de otras enfermedades, por la aplicacion de la misma reliquia; pero seria muy largo trascribirlos, como tambien otras atestaciones de la misma naturaleza que se hallan en mi poder.

Entre los sugetos que conozco personalmente, y han experimentado curaciones milagrosas, citaré á María Wood, residente en la actualidad en Taunton-Lodge, donde viven tambien otras muchas personas, testigos oculares de los hechos que voy á referir. « El 15 de marzo de 1809, María Wood, haciendo esfuerzo para abrir una » ventana, metió la mano izquierda al través de una » vidriera, con la que se hizo una ancha y profunda » herida en el brazo, cortándose los músculos, y casi » todos los tendones que vienen á la mano. Este acciden- » te no solo le ocasionaba de tiempo en tiempo los mas » vivos dolores, sino que le quitó totalmente el uso de » mano y brazo desde el dicho dia 15 de marzo, época » en que yo la ví por la primera vez, hasta la mitad de » julio<sup>2</sup>. » Así se expresa el cirujano distinguido que la asistió. Copiaré ahora de una carta que Madama María Hornyold me escribió en su nombre el 19 de noviem-

<sup>1</sup> La carta que me escribió el reverendo M. Sadlen es con fecha de 6 de agosto de 1819.

<sup>2</sup> Esta relacion está copiada de una carta de M. Woodford, cirujano muy acreditado de Taunton, que era el que asistia á María Wood, dirigida á la señora F. E. Bird, fecha de 30 de setiembre de 1809.

bre de 1809, lo que le acaeció desde fines de julio, en que el cirujano, como él mismo lo dice en otra parte, perdida ya toda esperanza de curarle, abandona á la enferma, hasta el 6 de agosto, dia en que se halló perfecta y milagrosamente sana. El cirujano no le daba casi esperanza de poderse valer ya mas de la mano, que con el brazo aparecia seca y contraida, diciendo únicamente que acaso *pasados algunos años*, la naturaleza le permitiria algun uso; esperanza que sus superiores miraron como expresiones puramente oficiosas para no desconsolarla. « Desesperada, pues, de todo remedio humano, » se determinó, con aprobacion de sus superiores, á en- » comendarse á la intercesion de san Wirtefrido, á quien » hizo una novena. Elevada de la misma fe, el 6 de » agosto aplicóse sobre el brazo un poco de musgo to- » mado del pozo del Santo: renovó sus súplicas y ora- » ciones, y á la mañana siguiente, sin mas medicina ni » otro remedio, al ir á levantarse, con gran sorpresa » halló que podia vestirse por sí misma, mover el bra- » zo, llevarlo á la espalda, cabeza, hácia todas partes, y » que habia cobrado enteramente su uso. En una pala- » bra, que estaba enteramente curada. » En este estado de sanidad la hallé y ví yo mismo, cuando algunos años despues la examiné y registré la mano, y así se conserva aun el dia de hoy. Reside, con muchos testigos dignos de toda fe, prontos á deponer cuánto hemos dicho, en el lugar antes indicado. « El dia 16 se envió á buscar al » cirujano, aun ignorante del suceso, se le preguntó » su opinion acerca del brazo de Maria Wood; no dió » *esperanza de una perfecta curacion*, y muy poca de al- » gun pequeño alivio, y de que pudiese recobrar jamás » el *uso mas pequeño*: se la hizo entonces venir, y cuan- » do vió el brazo, que examinó con la mayor atencion, » quedó tan asombrado de está vista, y de la relacion que » se le hizo del suceso, que no pudiendo contener las » lágrimas, exclamó era una intervencion especial de la » Providencia divina. »

Diré muy poco sobre la curacion milagrosa de Winefrida Whrite, doncella jóven de Wolverhampton, acaecida el 28 de junio de 1805 en Holgwell, habiéndose publicado, poco despues del suceso, una relacion circuns-



tanciada, que ha sido impresa dos veces en Inglaterra y en Irlanda. Bastará recordar aquí 1º que la enfermedad era uno de aquellos males locales de mas cuidado que se conocen, á saber: una encorvatura de la espina dorsal ó del espinazo, reconocida por el médico y cirujano, quienes consiguientemente la curaban bajo este concepto, y le habian hecho á cada lado de las vértebras un gran cauterio, de que aun conserva las señales: 2º que además de los agudísimos y vivos dolores que sufría en todo el sistema nervioso; y particularmente en el cerebro, esta enfermedad del espinazo produjo una *hemiplegia* ó parálisis de todo un lado; de suerte, que cuando la enferma, valiéndose para ello de una muleta bajo el brazo derecho, llegaba con mucho trabajo á moverse y medio andar, se veia precisada á tirar ó mas bien arrastrar el brazo y pierna izquierda; como si no fuesen parte de su cuerpo: 3º que su enfermedad era ya de tres años; y así era públicamente conocida de todos sus vecinos, y de otras muchas personas: 4º que despues de haber cumplido los actos de devocion que se le encargaron, y lavádose en la fuente el 28 de junio de 1805, se halló súbita é instantáneamente libre de todos sus dolores, y con el uso expedito de todos sus miembros, en términos de poder andar, correr y saltar como las demás personas de su edad, y aun llevar con el brazo izquierdo mas peso que con el derecho: 5º que hace trece años continúa en este buen estado de salud, y yo mismo me he asegurado de todas estas circunstancias por un exámen detenido de todas las personas que las habian presenciado, y sido testigos de ellas; exámen verificado en los mismos lugares de respectiva residencia, á saber: en los Condados de Stafford y de Lancáster; y en el Principado de Gales; siendo de observar que estas personas son de diferentes religiones, y tan diversas en carácter y clase en la sociedad, como de país. La relación antes insinuada contiene los documentos auténticos de este exámen, igualmente que de todo lo que en ella se refiere. Aun viven muchos testigos, y tambien la misma Winefrida White<sup>1</sup>. Nada mas por hoy; soy como siempre vuestro, etc. J. M.

<sup>1</sup> Pudieramos añadir algunos otros milagros aun posteriores.

## CARTA XXIV.

A JAMES BROWN.

*Continúa el mismo asunto.*

Suscribo voluntariamente á la dificultad que decís os ha sugerido ese vuestro sabio amigo, respecto á los milagros; convengo que en todos los siglos de la Iglesia, sin exceptuar el de los Apóstoles<sup>1</sup>, se ha forjado por

Llena está la Europa y el mundo de las curas milagrosas obradas por el Príncipe *Alejandro de Hohenlohe*, varon poderoso hoy en obras y palabras; curaciones que, examinadas á la vista de los protestantes en Alemania, y ejecutadas á presencia, puede decirse, de la incredulidad mas osada que han conocido los siglos, no ha podido recusarlas. Pueden verse en el *Amigo de la Religion y del Rey*, y en el *Memorial Católico*, varios de estos sucesos. Tenemos á la mano una especie de *Letanias de las principales virtudes*, extractadas de las *Horas Católicas* de este varon de Dios, con unos *ejercicios ó actos de dolor y arrepentimiento*, que respiran aquella piedad y humildad santa propia de los siervos del Señor. Solo queremos advertir aquí, que regularmente estos prodigios se verifican; ó haciendo alguna *novena*, ó diciendo una *Misa*, que humildemente encarga, etc.: que no parece sino que el Señor quiere patentizar á los enemigos de su culto y de las prácticas de la Iglesia Romana, lo agradables que le son estas, si se hacen con devocion. El célebre M. Drach, famoso rabino convertido, se confiesa deudor tambien á este varon de Dios de la recuperacion de sus hijos robados por los Judíos, trasladados fuera de su país, y constituidos en tal estado, que parecia *físicamente inasequible*. (V. el *Mémorial Catholique*, marzo de 1826. — *Ami de la Religion*, sábado 20 de enero de 1827, núm. 1299, et alibi passim.)

<sup>1</sup> San Jerónimo, desechando ciertas fábulas que corrian acerca de san Pablo y santa Tecla, habla de un Sacerdote despuesto por san Juan Evangelista, por haber inventado tales ficciones. *De Script. Apost.* — En el siglo V el Papa San Gelasio condenó varios